

Mariano Puga :
Un cura obrero en medio de la balacera
La Tercera 25 de enero de 1988

Lo que preocupa es el acostumbramiento frente a estos hechos. Desde que estoy aquí debo haber visto 10 veces ese tipo de acordonamiento, de entrada, de conmoción. Y después, cada uno vuelve a su ritmo normal, la gente vuelve a su trabajo, los narcos vuelven a su tráfico, y lo que queda es una gran cantidad de heridos, muertos y lisiados. Hoy se encuentra gente que ya dice "ah, hubo otra balacera", como si tal cosa.

La gente aquí tiene muchos valores, mucha fe, tiene una identidad comunal, una solidaridad enorme que no se puede perder. Esto es un enclave con sus cosas buenas y malas, y la gente se siente de aquí, pese a todo. Le gusta vivir aquí.

Lo primero que Mariano Puga Concha conoció de La Legua fue su fama.

-Te liquidaron, pos cura. ¿Qué hiciste para que te castigaran mandándote pa"llá?, le preguntó un feligrés de Pudahuel, donde Puga había sido párroco 12 años.

-¿Por qué?

-Es que en Pudahuel podemos ser malos. Pero esos de La Legua se pasaron de malos.

"Eso me lo decía un hombre de los bajos fondos. Incluso entre ellos, La Legua era lo peor", recuerda el sacerdote.

Durante el último mes esa fama ha vuelto emerger con crudeza. A comienzos de enero, dos carabineros y un delincuente murieron en un enfrentamiento que los chilenos seguimos en vivo y en directo por televisión. Los allanamientos se sucedieron toda una semana y el corolario fue un debate sobre la posible reactivación de los grupos extremistas.

Vista a través de las cámaras, vista desde la preocupación por la tranquilidad ciudadana, La Legua se transformó para el grueso de los espectadores en el escenario de un escalofriante episodio policial.

Esa visión indignó a Puga. Usual vocero oficioso de sus habitantes, se negó a hablar con la prensa, hasta ahora. Nos acusó a todos por igual de estigmatizar a La Legua, de hacerla resumidero de los vicios sociales: de hablar de ella como un lugar habitado por sospechosos de todos los delitos posibles.

Según Puga, el único delito masivo que se comete en su población es el de ser pobre. El resto, dice, se perpetra con la misma regularidad que en el resto del país.

Mariano Puga proviene de otro mundo. Si alguien en este país tiene un pasado con linaje, ese es él. A través de los Concha, se emparenta con el presidente de la primera Junta de Gobierno, Mateo Toro y Zambrano, y con los viñateros de Concha y Toro. A través de los Puga, con Rosita -"tengo entendido que fue amante de Bernardo O'Higgins"- y con el partido liberal en pleno, del que su padre fue presidente.

Estudió en el Grange y en la Escuela Militar, porque su padre quería que conociera la clase media. Fue la primera antigüedad de su curso, lo que, sin embargo, no le valió mucho durante el gobierno militar: fue expulsado del país y estuvo siete veces detenido.

Pero Puga "proviene de otro mundo", también, por lo que ha hecho de su vida. Habla de "pueblo, capitalismo, explotación, dictadura, teología de la liberación", como si fueran términos en uso. No sólo es cura, sino cura obrero y eso significa que no pide un peso ni a su familia ni a la Iglesia y que se metió completamente en el mundo de los trabajadores, viviendo en carne propia "las pellejerías más grandes y los tiempos de bonanza".

Este año, Puga cumple 25 años de su dura doble vida. Tiene 68 años, trabaja como maestro pintor y gana 80 mil pesos. Intelectualmente, se siente sólo. Pero poco le importa. Desde la parroquia San Cayetano -donde ofició también el sacerdote mirista Rafael Maroto-, Puga piensa que La Legua es un síntoma de una sociedad cruel: que los jóvenes que se dedican a la droga, a la delincuencia, los muchachos que matan y son muertos, no son culpables sino víctimas.

Nadie entiende La Legua cómo él. Ha visto y convivido con todo lo que tiene de cierto y de mito la fama macabra de ese lugar. Admite que en determinados lugares el narcotráfico manda y daña. Pero dice que es aún más grande el daño que producen los prejuicios contra esta población.

-Le confieso que entré a La Legua con miedo. ¿Soy un prejuicioso o tengo algún motivo para sentir eso?

-En ciertos sectores de La Legua, por situaciones de narcotráfico puntuales, hay fundamento real para sentirse así. Pero el sensacionalismo ha abultado problemas que no son mayores que en otros lados. Aquí hay familias tradicionales, familias antiguas de profesionales y comerciantes que se sienten bien aquí, que no se irían de La Legua por nada.

-¿Cómo asumen ellos la delincuencia que existe a su lado?

-Ese mundo los roza, pero no los toca. Hay una especie de status quo en el que unos no denuncian y los otros no los atacan. Aquí se vive una especie de equilibrio que no se ha formalizado nunca, pero que es innegable.

-¿No es esa tolerancia la que estigmatiza a toda La Legua?

-En parte, sí. Los pobladores se dan cuenta de que el narcotráfico produce la tensión casi permanente en la que viven. Saben que eso produce las incursiones violentas, la represión y la estigmatización. Lo curioso es que, conscientes de vivir en este mundo en que la vida y la muerte se rozan, cuando viene la policía, tienden a hacer causa común con los grupos de muerte. Y es así, aunque sus propios hijos hayan sido captados por los traficantes.

-¿No se sienten que pueden recurrir a la policía y a la justicia?

-No. Tienen la sensación de que las instituciones están corrompidas. Y están llenos de experiencias que se los confirma. Cuando han tratado de hacer una denuncia, tarde o temprano los narcos lo saben, alguien les da el soplo y a los que detienen son a los vendedores menores, a la señora que vende para completar el sueldo del marido que no alcanza.

-¿Cómo se mueve usted en ese status quo?

-Cuando recién llegué, mi primera reacción fue decirle a la gente que tenía que organizarse, que había que denunciar. Y me sorprendí, porque incluso la gente que no estaba metida en eso, me decía: "Oye pos cura, Cristo nunca fue tan duro con los pecadores". Entonces me di cuenta que yo estaba haciendo un paralelo con la denuncia de la tortura y la represión, que hice en Villa Francia o en Pudahuel. Yo pensaba ¿quién mata al pueblo, quién lo humilla? Y decía, bueno, lo que antes lo hacía la DINA, aquí lo hacen los narcos. Pensé que era cosa de cambiar DINA por narco y usar la misma táctica de defensa.

-¿Y no es lo mismo?

-No. Lo que aquí mata al pueblo viene del mismo pueblo, no de afuera. A veces son parientes o son sus vecinos, con los que se conocen desde niños. Entonces me di cuenta de que para poder ayudar a las víctimas, que era lo que a mí me interesaba, tenía que respetar ese status quo.

-Ese status, ¿no fomenta la producción de víctimas? Usted está al final de una máquina que nadie destruye y va a seguir produciendo muertos.

-Es ridículo, sí. Sólo nos falta ir donde los narcos y decirles: "¿Cuál es el próximo al que va a hacer adicto para que podamos acogerlo?". Cualquiera diría "mata la perra y se acaba la leva". Pero aquí no se puede matar la perra.

-¿Por qué?

-Porque no hay como matarla. Existe una distribución de tareas que no se cumple. Me refiero a la gente que tiene que ver con la dignidad del pobre, con su salud, su educación y con su seguridad. Aquí es muy fácil decir "bueno, estos son los malos y se acabó". Están mal distribuidas las culpas.

-¿Cómo las distribuye usted?

-Cuando aparece en una ciudad el "síntoma Legua", todos tenemos que revisarnos. Hay que preguntarse cómo colabora el sensacionalismo de la prensa, cómo colabora el Parlamento cuando vota el salario mínimo y la sociedad de consumo cuando le dice a esta gente "tenga esto, endéudese con esto otro". ¿Quién es responsable de que los niños de básica vayan al colegio con pistolas? Estos cabros drogadictos, delincuentes, ¿cuánto espacio de libertad tienen para elegir, para no caer en lo que caen?

¿Cuánto hay de condicionamientos culturales y económicos en los pasos que siguen? La sociedad chilena no puede esperar otra cosa de una población donde las familias llevan 47 años viviendo hacinados en 27 metros cuadrados. ¿Son víctimas o no? A nadie se le puede pedir ser héroes. La sociedad tiene muchas formas para evitar esa situación. Y en vez de evitarlo, culpa a esta gente.

Hoy, una persona que tiene medios y buena conciencia da plata al Hogar de Cristo para que le solucione el problema de la víctimas. Pero nadie quiere tocar las causas. Si la caridad fuera lo que chorrea, después de la justicia,

como decía el Padre Hurtado, bien. Pero no es así. El "síntoma Legua" viene de ahí.

-¿Lo ve usted como callejón sin salida?

-A pesar de todo lo que le he dicho, no. Creo que lo que uno puede hacer es muy limitado, pero permite mantenerse cerca de las víctimas y tocar el corazón de los victimarios. Eso es la pastoral de Jesús: crearle a la capacidad del hombre de conversión. Los narcotraficantes se nos acercan cuando estamos repartiendo desayunos a los adictos y nos cometan: "parece que no es bueno lo que estamos haciendo". Incluso en ellos hay una fuerza moral que pesa. No digo que se solucione todo el problema del narcotráfico. Pero algo ya se está empezando a producir.

-¿En sus años acá ha visto que este problema mejora? ¿O le parece que la última balacera es signo de que la violencia se desató?

-Lo que preocupa es el acostumbramiento frente a estos hechos. Desde que estoy aquí debo haber visto 10 veces ese tipo de acordonamiento, de entrada, de conmoción. Y después, cada uno vuelve a su ritmo normal, la gente vuelve a su trabajo, los narcos vuelven a su tráfico, y lo que queda es una gran cantidad de heridos, muertos y lisiados. Hoy se encuentra gente que ya dice "ah, hubo otra balacera", como si tal cosa. La gente aquí tiene muchos valores, mucha fe, tiene una identidad comunal, una solidaridad enorme que no se puede perder. Esto es un enclave con sus cosas buenas y malas, y la gente se siente de aquí, pese a todo. Le gusta vivir aquí.

-Eso es difícil de entender -Yo mismo no acabo de entenderlo. ¿Por qué los que tienen posibilidad de irse no lo hacen? ¿Por qué las parejas jóvenes sueñan con quedarse acá? No sé. Durante la dictadura, a muchos les dieron casas en La Pintana. Se fueron un tiempo, luego arrendaron las casa y volvieron. ¿Por qué? No lo sé. Y lo otro: esa reacción colectiva ante el extraño, llámese prensa, fuerza pública, lo que sea. ¿Qué población se organiza y marcha por el centro de Santiago reclamando contra la estigmatización de la que son víctimas? Ninguna. Eso me gusta de este lugar. Hay una cultura propia, una cultura popular genuina, pura, fuerte que se repite en barriadas de otros países.

-¿No se pierde eso en un mundo que relaciona felicidad con consumo?

-El año '92 yo estuve en un retiro con curas obreros de Pakistán, de Filipinas, Kenia, Indonesia y todos nos dábamos cuenta de la globalización, del imperio del neoliberalismo. Pero todos nos dábamos cuenta también de que en nuestras bases permanecían intactos muchos valores. Uno no se explica cómo lo hacen, cómo miéctica se mantienen solidarios, justos, generoso si apenas subsisten. Eso, para mí, es el rostro de Dios que queda en los seres humanos. El rostro que está desfigurado en los poderosos y que cada vez emerge más por estos lados.

Sacerdote Mariano Puga

"Mi amigo Medina"

Mariano Puga es párroco. Jorge Medina es obispo, futuro cardenal y proprefecto de la Congregación Pontificia para el Culto Divino y la Disciplina

de los Sacramentos.

Puga ha centrado sus alegatos en la pobreza y la marginación y es un fuerte crítico del general Augusto Pinochet. Medina se ha hecho famoso por sus críticas al libertinaje sexual y al modelo de educación sexual de las Jocas y defiende el derecho del general a ser senador vitalicio, "porque así está establecido en la Constitución".

Pese a todo, Puga y Medina son muy buenos amigos.

-Yo he aprendido que en la vida uno puede ser amigo en la verdad, no ocultando. Con él tenemos un sueño común en relación a la Iglesia y a Jesucristo.

-No parece tan común.

-Lo que es distinto es el camino para realizar ese sueño, para actuar en la Iglesia y construirla. Pero no nos mentemos en eso y somos amigos.

-¿Qué le parecieron las declaraciones del cardenal sobre Pinochet?

-El piensa que si lo dice la Constitución, entonces está bien. Tiene una mentalidad legalista mi amigo. Yo pertenezco a otra corriente que piensa que Pinochet debiera ser objeto de reconvenciones de parte de la Iglesia por el manejo que hizo del poder. Medina parece ignorar lo que se cometió bajo su gobierno. Cuando Medina era rector de la Universidad Católica vio lo que pasaba, los muertos. Los que lo critican dicen que no movió un dedo para reaccionar frente al valor de la vida, a los derechos humanos. Creo que en él pesa demasiado un antimarxismo latente.

-¿Lo felicitó usted?

-Estoy invitado en mayo a Roma, al encuentro de curas obrero. Voy a pasar por Roma y le voy a hablar de dos temas que tienen que ver con el rol de ministro de culto que desempeña hoy: que volvamos a la simplicidad de la liturgia del evangelio y que respetemos las culturas de los distintos pueblos. Se lo voy a pedir, porque sé que, conociéndolo, él va a incorporar en la liturgia cada vez más normas y reglamentos. Y eso es no respetar la identidad de los pueblos.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:

<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

